

Las Puertas del Silencio



Dom Etienne Chenevière

Prólogo

A ti solamente, alma bienaventurada, a la que el Señor lleva al desierto para hablarle de corazón a corazón, a ti solamente, que lo has elegido a Él como al Único, o mejor, que te ha elegido como hostia de alabanza para siempre:

¿Quieres arder ante su faz adorable como un cirio purísimo?

¿Quieres, como lo querubines, como los serafines, ser iluminado por su luz, abrasado por su amor, y tú no ser para Él más que luz y caridad?

Acepta entonces olvidar al mundo, al universo y a ti mismo.

Si estás dudando en perder tu vida en Él y por Él, no pases adelante. Lo que sigue no te dará ninguna luz.

Si te tienta el abismo, suplica al Señor que te envuelva de soledad, que te arroje en el silencio en el que habita, al que llena, y donde se manifiesta. Y tú esfuérate en vivir así:

En cuanto sea posible, dentro de una obediencia exacta y una caridad perfecta, evitarás estas cuatro cosas que son los mayores obstáculos del silencio interior, y que hacen imposible la contemplación habitual:

- el ruido interior,
- las discusiones interiores,
- las obsesiones,
- la preocupación de ti mismo.

Una vez hecho esto, ya habrás franqueado las **PUERTAS DE ORO DEL SILENCIO!**

Apagar el ruido interior

Dios creó tu alma silenciosa. En el bautismo, en un silencio inviolable, Él la llenó de sí mismo, de nada más que Él. Fue más tarde que, poco a poco, el mundo fue entrando. El ruido la invadió, tapando la dulce voz de Dios. Después la algarabía se amplifica. ¡Vuelve al silencio bautismal, hermano!

El ruido tiene tres causas: los recuerdos, la curiosidad y las preocupaciones. Tú paraliza su acción.

1. Haz callar el ruido de los recuerdos.

No evoques, no reavives ningún recuerdo malo. El mal detestado está perdonado. La generosidad del amor presente repara el pasado. Olvida los datos concretos. Te basta estar delante de Dios como pecador que ha recibido el beneficio de su infinita misericordia. El mal es "nada", ¿para qué acordarse de él? Piensa solamente en la gracia que te ha salvado, en sus repercusiones eternas. Dios ha destruido todo. Él no colecciona "nadas". Reserva para Él un corazón filialmente contrito, pacífico y tierno: eso es la compunción.

No evoques, no reavives ningún recuerdo profano, ni de lo que has sido, ni de lo que has hecho, ni de lo que has dejado en el mundo. Confía a Dios todos aquellos que tú quieres allí, parientes y amigos. ¿No son acaso también hijos e hijas queridos de Dios?, ¿los va acaso a olvidar porque tú, por su amor, te has refugiado en sus brazos? Todos los pensamientos e imaginaciones que tú les consagras no les sirven a ellos de nada, pero en cambio, apartan tu espíritu de Dios, y a menudo te turban el corazón, tu confianza en la Providencia y tu fe en la bondad de Dios. Tu imaginación no debe jamás fríamente traspasar la clausura. Sólo la gracia ayuda eficazmente a los que amamos, y a ésta la obtendremos en proporción a nuestra intimidad con Dios. Mira a María en Caná: no se mueve de su lugar. "Haced todo lo que Él os diga".

Los recuerdos del pasado mantenidos voluntariamente son fuente de vanidad, de añoranzas o de inquietud. Saborear en el espíritu placeres humanos de antaño es sensualidad y búsqueda de sí mismo. Es preferir una nube o un sueño a la alegría substancial presente y desconocida. No hay más que una felicidad que vale: Dios!

Las felicidades temporales no valen más que por el amor que las engendró. La caridad que nos vivifica es la única causa de nuestras alegrías. Deja que se esfumen y se desvanezcan estos recuerdos vanos. Te distraen, te demoran, te atan a lo que debe perecer, y te vuelven anémico para desear lo eterno. Mira, como san Pablo, no hacia atrás sino hacia adelante, a Jesucristo.

No conserves ningún recuerdo material, concreto, de "aquello" o de "aquellos" con quienes no deberías más soñar, como podrían ser fotografías, cartas, flores, "reliquias" de seres queridos: no guardes nada. Eso no lleva a Dios. Si miras estas cosas, ellas reavivan los sentimientos e impresiones de otros tiempos. Y si no las miras ¿para qué conservarlas? Son un obstáculo. Todo esto daña el silencio del corazón y su libertad.

¿Porqué alimentar esta tentación continua de volver atrás? Alégrate de toda atadura desatada o cortada, y no consientas en volver a reanudar ninguna.

Huye todo lo que puedas de los contactos vivos con los testigos del pasado: las visitas, el locutorio, las cartas, refrescan en ti la imagen de un mundo que cuesta tanto apagar! Reduce en cuanto te lo permita la obediencia y la verdadera caridad (entendida en el espíritu mismo de la tradición monástica) las relaciones orales y epistolares con el exterior. No reanudes ninguna relación ya cortada. No tienes nada que recibir del mundo. Y a menudo, ay! le das a él tan poco, si es que todavía no estropeas la estima que las almas de buena voluntad le tienen a la vida religiosa... La más pequeña mancha es visible en un traje inmaculado, y nosotros somos tan imperfectos!

Tu memoria es un terrible acumulador que almacena caudales de distracciones futuras. Cuanto más virgen sea tu espíritu de imágenes de hombres, más resplandecerá en ti la luz del rostro de Dios.

Entierra tu ternura para con los tuyos en el corazón de Dios. Ámalos en Él. Es infinitamente más profundo y más eficaz. Desea para tus amigos el amor de Dios: es el único y verdadero bien. Tu fidelidad a tu vocación contemplativa se lo obtendrá. Todo acomodo impedirá que Dios se dé. Si el deber lo impone, ten la delicadeza de olvidar. Vuélvete habitualmente ajeno al mundo. Jesús dejó a su madre para salvarnos. De hecho, fue separándose de ella que se unió a ella más estrechamente. ¡Era tan agradable el hogar de Nazareth!, y el adiós desgarró los corazones e hizo llorar los ojos. Acuérdate...

2. Reprime la curiosidad.

No te informes de nada por el simple gusto de "saber". Excluye toda búsqueda de una ciencia que no tenga a Dios por fin. No hay nada más opuesto a la virginidad del alma que la curiosidad. El fin de nuestra vida contemplativa y las necesidades de nuestra existencia terrestre delimitan aquello que nos es necesario saber. Deja lo demás a los profanos. Conocer, adorar, amar, alabar a Dios: para nosotros, solitarios y silenciosos, es la totalidad de la vida, lo único necesario. Nuestra peregrinación es corta; nuestro espíritu limitado; nuestros placeres mezquinos. Tira por la borda lo accesorio. Tú eres como los ángeles del Apocalipsis, cuyo único oficio es cantar, prosternándose delante del trono de Dios: "¡Alabanza, gloria,

sabiduría, acción de gracias, honor, poder y fortaleza, sean a nuestro Dios por los siglos!". Hermano de los serafines de Isaías que exclamaban el uno al otro: "Santo, Santo, Santo es Yavéh de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria". A Él lo contemplarás en Él mismo, en la oración; no en libros sabios.

Reprime sobre todo tres curiosidades: la de las "novedades", la de la vida de los otros, y por fin, la curiosidad intelectual, quizás la más perniciosa, porque se disfraza con pretextos especiosos y nos endurece en el orgullo.

Ignora de buen grado lo que pasa en el mundo. ora por él sin volverte a él. Si tienes un profundo espíritu de adoración, si amas la trascendencia de Dios, el conocimiento detallado de las necesidades concretas de los hombres, no será ningún incentivo nuevo para tu oración ni para la generosidad de tu sacrificio. El amor de Dios (que comprende el del prójimo) es más poderoso que todo para arrastrar en pos de Jesús a ti y al mundo contigo. El pensamiento que le dedicaras al mundo no agregaría nada a esta acción eficaz. Pocas almas son capaces de comprender esto. Si puedes, no te informes de nada de lo que pasa en el mundo, desde ningún punto de vista. Fija sólo en Dios todas las fuerzas vitales de tu alma; no preguntes "noticias" sino por caridad, ya sea para dar gusto a alguien, cuando esto es oportuno, o para hacer un bien, pero no por tu propio gusto. Todo lo que te digan de éste o de aquél, de sus idas y venidas, despierta imágenes, reflexiones, discusiones, críticas interiores. En pocas palabras: es el ruido que Dios detesta.

Si no te dan ninguna noticia de nada ni de nadie, no la pidas; ¡tienes mucha suerte!. Si no es por deber de estado, no leas los diarios o las revistas profanas. Aparta tu atención de todo lo contingente. Fija los ojos sobre lo eterno o sobre lo que es auténticamente reflejo de su belleza: la naturaleza y las almas en las que Él se mira.

En tu amor por Dios y la pasión de su gloria están incluidas las tres primeras peticiones del "Pater". Las almas tienen allí su parte. Tú ocúpate exclusivamente de Él. Si te es necesario, por deber, conocer los sucesos del mundo, hazlo superficialmente, sin interesarte, sin comprometerte. Guarda así, libres y silenciosos, tu espíritu y tu corazón. Si no, tu alma estará metida en el tumulto. Te basta saber cuánto ama Dios a los hombres, que Él tiene su corazón en su mano, y que ha derramado sobre ellos el fruto de los méritos de los santos.

¿Qué hacen? Poco te importa. Tu ocupación no consiste en darles una mano en sus ocupaciones. Mira el mundo en Dios, como los santos del cielo, y no a Dios a través del mundo. Sé "sacrificio de alabanza": la tierra será mejor y bendita. ¡Oh si pudieras ser como la cera virgen, luminosa y pura, solitaria delante de la hostia, en la penumbra de una capilla desierta, donde convergen, sin embargo, todos los corazones del mundo, y de donde parten todas las gracias para toda la tierra ..!

No te ocupes de nada ni de nadie del que no estés encargado. Siéntete feliz de no saber lo que sucede en los empleos, de cómo se los desempeña, de cuáles son las relaciones de cada uno. Ama a todos tus hermanos con una amor igual, desprendido. No andes averiguando absolutamente los acontecimientos insólitos de la comunidad: ¿quién viene? ¿Qué pasa? ¿Porqué tal iniciativa de los superiores?... Ten horror a meterte en la administración del monasterio. Ora por los que están encargados de esto. Tú no reflexiones, no hables, no quieras saber por qué esto o aquello. No pongas ningún interés en lo que llegaste a enterarte. Otros han recibido el encargo para permitirte vacar únicamente a Dios, en la libertad y en el silencio de espíritu. ¿No te dicen nada? ¿No te comunican nada? ¡Bendice al Señor! Él te evita el estorbo interior y las complicaciones de los problemas. Ama con agradecimiento a los que cargan con las preocupaciones por ti. Ayúdalos con tu docilidad sonriente. Tú acepta tu "estado de despreocupación". Dios te ha establecido ahí para ser Él tu única preocupación. Es su voluntad: ser el único pan de tu alma. No consientas en prestar oído, ni siquiera atención, a los chismes de la comunidad. Solamente ora por los que están en dificultad, y exhortalos, si es posible, a amar la cruz de Cristo. Los consuelos humanos no sirven de nada, y debilitan las almas. No seas propenso a hacer confidencias o a recibirlas. ¿Crees que hay alguien más comprensivo que Jesús?

¿Quieres mantener límpido el espejo de tu alma? No permitas que el pensamiento inútil del prójimo venga a turbarlo. Si no te han encargado de conducir a otros, no te informes de su conducta, no hagas reflexiones interiores al caso, sobre todo en lo que concierne a sus defectos o faltas. Ora sólo para que Dios sea amado y servido por todos. Proclama o indica a los Superiores, según nuestros Usos, las faltas de las que hayas sido testigo, pero sin buscarlo. Evita los comentarios interiores sobre las intenciones o sobre la manera con la que tu superior recibe o utiliza tu proclamación. Déjale a él el cuidado de corregir, y a Dios el de juzgar. Tú permanece todo entero vuelto hacia Dios solo. Todo pensamiento concedido a la creatura te lleva a ti, y en el fondo, es con relación a ti que de ordinario la aprecias, y no con relación a Dios. Aunque todos los otros fueran lo que no deben ser, tú conserva la paz. Tú sé la paz. Tu fidelidad silenciosa y pacífica hará mucho más por el progreso de tus hermanos que tu agitación y tus reproches, a menudo ineficaces. El ejemplo de tu serenidad, de tu transparencia a los rayos de Dios que habita en ti, hará más bien que todos tus discursos y tus agresividades. Tu alma no debe reflejar sino a Dios. No dejes que la creatura se mire en ella, sobre todo si es falsa y disforme.

Únete a Dios vivo y personal. Es muy poca cosa complacerte en la idea de Dios, alimentarte de ideas "sobre" Dios o "a propósito" de Dios. Las palabras que lo revelan, lo velan. Toda curiosidad de ciencia, aún sagrada, hace más espeso el "velo", e impide al alma encontrar al amado.

Lentamente, en el silencio interior más profundo que puedas atráelo a ti por la violencia de tu deseo. Con la mirada fija en la bondad de Dios, dile

como santa Catalina de Siena: "Yo quiero". El también quiere. Vendrá, no en las nomenclaturas, esquemas o silogismos, sino en una luz ardiente, sin imagen, sin perfiles, pero radiante. Elimina del empleo de tu tiempo toda lectura, todo estudio de pura información, de pura erudición, salvo que los deberes de tu cargo o la necesidad de descanso te lo exija.

¿Entonces, no vas a "amueblar" tu espíritu? Pero precisamente para encontrar a Dios ¿no es acaso necesario destruir todo el "mobiliario" y desembarazarse de él? Pasarás por inculto, pero el Padre se revela a los humildes, a los pequeños, a los ignorantes. No lances un anatema absoluto contra la ciencia: sabe solamente que, en nuestra vocación contemplativa, ella es de poco provecho.

Ama leer dulcemente, como un niño junto a su madre, con las manos puestas sobre las rodillas de Dios, algún libro que hable de Él "ex corde", de Jesús, de la Virgen, o de tu alma, acechando la frase, la palabra, que te dilatará en oración, el instante del encuentro.

La Sagrada Escritura será tu libro de cabecera. Es en ella que serás iluminado por el Verbo. Es el alimento principal. Léela con un corazón humilde, como cuando recibes la Comunión, con el mismo fin: encontrar a Dios. Degústala, saboréala, versículo por versículo, tal como está escrita, en un clima de oración. Cada palabra dictada por Dios está llena de Él. Adóralo bajo la letra. Experimentarás la ebriedad de esta comunión con la luz y con el Verbo que Dios ha proferido en el tiempo, a través de palabras de resonancia eternas. Es allí que adquirirás la ciencia de los santos, al lado de la cual, la otra es tan poca cosa.

3. Cierra la puerta a las preocupaciones.

La "preocupación" pesa sobre el espíritu, sobre el corazón, y sobre toda el alma. Envenena la existencia. Sea lo que fuere que tengas que hacer, sean cuales fueren tus responsabilidades materiales o espirituales, no comprometas tu alma, y no permita jamás que la inquietud la turbe. Es falta de fe y de confianza en Dios. Todo lo que tienes que hacer en la vida religiosa es obra suya. Haz generosamente lo que puedas, sabiendo que el resultado depende de Él, no de tu habilidad.

Si no buscas tu gloria en nada, vivirás en una paz inalterable, aunque tengas mucho que hacer. Una sola cosa hay que temer: el pecado. Los caminos de Dios no son los nuestros. Jesús triunfa en el fracaso. Nada ha cambiado después de veinte siglos. Sé diligente y esfuérzate en buscar los medios: es la voluntad de Dios. Pero ten la convicción de que nada tendrá éxito sino por Él. Si no lo quiere, acepta el fracaso con todas sus consecuencias humillantes y desagradables. Entonces serás libre. Hacer lo que Dios quiere es lo que importa, no el tener éxito. ¡Da tanta paz el pensar que el Padre tiene en su mano el mundo y el corazón de los hombres! Sucede todo lo que Él quiere; nada pasa sin que Él lo permita, ¿porqué agitarte con vanos temores?

Pon por obra los medios, pero solamente en el tiempo que corresponde. Niégate a reflexionar sobre ellos en los momentos que le pertenecen a Dios: oración, lectura, gran silencio de Completas a Misa. De lo contrario se pierde la serenidad del alma. Contempla la calma admirable de Jesús frente a una empresa de las dimensiones de la tierra y de todo el género humano. Él ilumina con pocas palabras: nos salva por la inmovilidad y el silencio de la cruz. Toda la prudencia humana no invalidará su palabra: "Cuando yo haya sido elevado sobre la tierra, atraeré todo a Mí". Los Apóstoles, los grandes "convertidores", los santos, no han sacrificado jamás su coloquio con Dios al apuro. Confiaban todo a la Providencia, y jamás dudaban de Él.

Las mismas obras temporales de los verdaderos contemplativos son tan asombrosas como lo es la estéril agitación de los negocios. El puro amor de Dios es un filtro que excluirá de tu alma no sólo lo que le es perjudicial, sino también lo que no le sirve de alimento. Se opondrá a todo ruido capaz de ahogar o alterar su voz: "Dum medium silentium teneret omnia, et nox in suo cursu medium iter haberet, omnipotens sermo tuus, Domine, de coelis a regalibus sedibus venit". "Cuando un profundo silencio reinaba sobre todo, y la noche llegaba a la mitad de su carrera, tu palabra omnipotente, Señor, vino desde tu trono real". Dios viene cuando todo lo que es de la tierra, duerme sobre la tierra.

Evita las discusiones interiores

Observa durante un solo día el curso de tus pensamientos: te sorprenderá la asombrosa frecuencia y la vivacidad de tus discusiones interiores con interlocutores imaginarios, al menos con los que te rodean. ¿Cuál será su fuente habitual?

Pensemos en nuestros disgustos respecto de los superiores que no nos quieren, que no nos estiman, que no nos comprenden, que son severos, injustos o demasiado estrechos, ya sea con relación a nosotros o con relación a otros "oprimidos". Disgustos a causa de hermanos que no nos comprenden, que son tercos, desenvueltos, revoltosos o insultantes...

Un tribunal se erige en nuestro espíritu, del cual somos procurador, presidente, juez y juzgado; raramente abogado a no ser para nuestra defensa. Se exponen las faltas; se pesan las razones; se argumenta; uno se justifica; se condena al ausente. Quizás se elaboran planes de desquite o de intrigas, para vengarse. Tiempo y fuerzas perdidas para quien cree que todo es nada, salvo el amor de Dios. En el fondo, son brotes del amor propio, juicios apresurados o temerarios, agitación pasional que se paga con pérdida de la paz interior, con una disminución de la estima que les tenemos a nuestros superiores y a nuestros hermanos, y con una afirmación lastimosa de la que nos tenemos a nosotros mismos.

Cuando te tratan mal, en realidad, nadie te hace daño, créelo. Es amargo, sin duda. Ama ser desconocido y despreciado. Cristo se calló ante el ultraje y la burla. Acepta con un alma dulce y silenciosa todo mal trato. El hombre no es más que un instrumento. Es la mano amante y fuerte de Dios la que lo conduce, y por medio de él, trata de quebrar tu soberbia, de doblegar tu cerviz.

No quieras deliberadamente rumiar en tu interior el mal que te han hecho, aunque no fuera más que un segundo. No se sigue nada útil de este pretorio clandestino.

En el de Jerusalén, Jesús callaba. Cuando se levante la tormenta de tu indignación, repite con una dulzura llena de paz: "Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo". Abísmate en el amor, la gloria, la alegría de las divinas Personas, y rechaza toda mirada sobre ti mismo. Nada turba la radiante e impasible felicidad de la Santísima Trinidad. La opinión de los hombres no tiene valor ni interés: tú eres lo que Dios ve. ¿No es acaso una alegría indecible que sólo Él sea quien goce de lo más hermoso y de lo más puro de ti mismo?

¡Oh mi hermano, ojalá puedas comprender y gustar la dulzura de no ser conocido más que de Dios solo!

Alégrate de irradiar a Cristo, pero no te turbes nada si esa irradiación es todavía demasiado discreta. ¿No estás acaso suficientemente fatigado de

conversar con los hombres, para que todavía los evoques en tu espíritu para asestarle tus razones? ¡Solo con Dios solo! Él sabe todo. Él puede todo. Él te ama. Si te dieras cuenta cómo es bueno tener la cabeza vacía de toda creatura, para no admitir más que la imagen de Jesucristo y de María, los más puros reflejos creados del Invisible! Conversa con ellos: esto se hace sin ruido de palabras. Las palabras sirven poco: mira, observa, contempla. En ellos ves el mundo: todos los hombres son para ellos. ¿Los miembros no son, acaso, el honor de la cabeza? No apartes tus ojos del rostro divino del Cuerpo Místico. Es tu rol de contemplativo.

Nuestras discusiones interiores a menudo no son más que la consecuencia de los altercados del día. Créeme: no discutas jamás con nadie: eso no sirve de nada. Cada uno y cada una está seguro de tener razón, y lo importa menos ser iluminado que ganar en una contienda de palabras. Se retiran molestos, cada uno fijo en su posición, y la disputa continúa por dentro. Esto es en detrimento del silencio y de la paz. Si tú no tienes el encargo de hacerlo, no trates de convencer. Y si quieres permanecer en paz, da vuelta hábilmente la página en cuanto aparezca la controversia. Acepta ser derribado en el primer encuentro, y pide dulcemente a Dios que haga triunfar la verdad en ti mismo y en los otros; luego pasa. Tu alma no es un foro sino un santuario. Para ti no se trata de tener razón, sino de perfumar con el aroma de tu amor. La verdad de tu vida testimoniará sobre la de tu doctrina. Mira a Jesús en su proceso: se calló aceptando el "estar equivocado", pero ahora es la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo.

Combate las obsesiones interiores

No podrás destruir, ni en su totalidad, ni en todo momento, esas ideas o imágenes que, con insistencia de moscas molestas, se imponen a tu atención y te persiguen sin descanso por todas partes. Serenamente confrontadas con pensamientos de fe, su inconsistencia salta a la vista. Su valor humilla por la importancia ficticia que ellas usurpan. No deberían jugar ningún papel en nuestra conducta, o por lo menos, un papel muy modesto. Sin embargo, están en primer plano y exigen el timón. En nuestra vida en el claustro ¿cuáles son?

Creerse menos amado, detestado, perseguido o incomprendido; tener celos o rebelarse contra una superioridad real o imaginaria que nos hace sobra en el orden del espíritu, de la estética, del saber actuar o de la virtud; inquietarse por los suyos, por su futuro o por el nuestro; turbarse, indignarse de la imperfección de los otros; dejarse impresionar por la preocupación de actuar sobre personas que no están bajo nuestra jurisdicción ni autoridad. También un temperamento donde predominan la sensibilidad y la imaginación, ciertas inclinaciones naturales al autoritarismo o al orgullo, un egoísmo no combatido o combatido perezosamente, pueden ser fuente abundante de obsesiones.

Un cartujo propone esta terapéutica. Es buena:

Primer caso: La obsesión no tiene fundamento real. Es el caso más frecuente. La obsesión es una quimera que nace de nuestra frondosa imaginación, de nuestra hipersensibilidad, de nuestra falta de olvido de nosotros mismos, o de nuestro escaso desprecio de nosotros mismos. El procedimiento de fondo –piensa este monje– sería rectificar el propio juicio, que se supone falseado porque no ve las cosas como son en realidad. ¿Pero es posible una rectificación? De todos modos –escribe– tómate el tiempo para reflexionar. Antes de razonar deja que se calmen tus nervios y la efervescencia de tu imaginación. Retírate, ten unos días de paciencia. Entonces verás, gracias a la toma de distancia y al apaciguamiento, cómo todas las cosas toman su verdadera proporción. Mientras dura el tiempo de la agitación, guárdate de discutir, decidir u obrar. La emoción turba la razón; la pasión hace perder el juicio; el amor propio lo vuelve injusto.

Sé humilde; por lo menos lo bastante para hacer controlar tu juicio por otro que no tenga en juego ningún interés en lo que te preocupa, sobre todo si es sacerdote: él tiene gracia de estado para discernir.

"Un alma –concluye nuestro cartujo– poco dotada de lucidez natural, pero que aceptara someterse a un director (aunque éste último no poseyera más que un juicio mediano), se libraría, por este mismo hecho, de muchos escrúpulos, de muchos pensamientos estúpidos, que a otra obsesionarían. Permanecer modesto, abierto, dócil: he aquí los grandes remedios contra esas ideas falsas, cuya insistencia es capaz, a la vez, de hacer que la vida solitaria sea desgraciada y de quitarle su nobleza".

Es de una precisión perfecta.

Segundo caso: La obsesión tiene un fundamento real. Esto puede darse. ¿Quién no ha estado alguna vez enfermo, fatigado, o ha sufrido la incompreensión o persecución? Y esto con toda verdad. La vida de los santos abunda en estos ejemplos. La Providencia talla, cincela, pule, martilla a las almas sirviéndose de los que los rodean. La persecución realizada por los buenos es también una de esas pruebas. La idea punzante y tiránica puede ser fundada y justa; pero la importancia que adquiere en nuestra vida se hace excesiva. No es verdad que no podamos más vivir felices, ni amar a Dios en la paz, ni santificarnos con alegría. Los defectos, las pasiones, las faltas e injusticias de los otros te purifican y te liberan del amor propio. En la fe y la humildad ofréctete a los golpes de Dios y ama los instrumentos. Es poca cosa ceder y batirse en retirada cuando uno está equivocado. Con Jesucristo, acepta con un corazón pacífico y silencioso ser injustamente molestado. Todo tu ser se rebela; tu orgullo se resiste; tu sensibilidad se estremece. Pero por encima de la tormenta brilla la luz de Jesús: el servidor no es más que su Maestro.

No te preocupes de ti mismo

Domina los elementos perturbados con lo que te dicta la fe y el amor: allí es donde está nuestra cruz; ahora bien, en la cruz reside la salvación. Ofrécete como víctima, con los ojos fijos en Cristo sangrante, envilecido por las heridas, el sudor, las escupidas, etc... Imprégname, en la oración, del espíritu de las Bienaventuranzas. Llegarás a juzgar de todo como tu maestro, y toda pena se te volverá gozo.

"Aquel que quiera venir en pos de Mí, que renuncie a sí mismo, que tome su cruz y que me siga". En verdad ¿conoces acaso otro camino?

No hables de ti mismo a ti mismo. Los momentos de examen son raros y breves: algunos minutos a mediodía y a la noche. Fuera de esto no pienses en ti, ni bien ni mal, para no despertar tu amor propio ni desalentarte. Cuando piensas en ti, tu imagen tan grosera se sustituye en el espejo de tu alma, a la purísima belleza de Dios.

Tres cosas turban la limpidez: evítalas.

1. No rumies las dificultades de tu vida.

La vida es un combate ¿no lo sabes? Si hay que renunciar a sí mismo, tomar la cruz y seguir a Jesús al Calvario ¿qué tiene de extraño que haya que luchar, sufrir, sangrar y llorar? Tus dificultades vienen de los que te rodean, de tus ocupaciones, de tus propias miserias físicas y morales; de las tres a la vez quizás.

Traza de una buena vez, para ti mismo, delante de Dios, una clara línea de conducta para tu actitud de alma: en los encuentros rehústate a discutir. Los monólogos alarmistas no sirven para nada. Haz lo que puedas y abandona el resto a la misericordia de Dios. "Dios sabe todo, puede todo, y me ama": he ahí la justificación del abandono. Vive en la cálida luz del salmo 22: "El Señor es mi pastor, nada me falta". Cada noche te dormirás murmurando: "El te cubre con sus alas, y bajo sus plumas te refugiarás". Ten confianza: Jamás te sucederá ningún mal!

2. No sopeses tus penas ni tus sacrificios.

¿No has aceptado todo en bloc en tu profesión? "Recibe, Señor..." . Cada mañana, en la Eucaristía, la Iglesia te ofrece como una víctima pura, santa, inmaculada, con Jesús, y tú aceptas esto.

Si comprendes el misterio de la cruz y el sentido de la vida monástica, no te compadezcas a ti mismo. Dios ama al que da con alegría.

Deja, pues, a Cristo, sufrir en ti; préstale tu cuerpo y tu corazón para que Él pueda "acabar en su cuerpo místico lo que comenzó en el Calvario". Si no, no mereces la elección que Él hizo de tu persona. El hermoso rostro, herido y doloroso, la santa faz vuelta hacia ti, quiere reflejarse en ti. Ofrécele,

unificado y calmo, el espejo virgen de tu alma: en esta tierra, es esta imagen reproducida en ti la que agrada a Dios.

3. No tengas vanidad de tu alma.

Haz en todo momento la voluntad de Dios con las fuerzas y las gracias del momento. No se te pide más. Acepta tus límites con todo el corazón. ¿A qué grado de santidad quiere llevarte Dios? No lo sabrás más que en el cielo. No sondées sus misteriosos designios; no le rehuses nada deliberadamente. Trata de agradarlo lo que puedas actualmente, y déjate conducir a donde quiera, por sus caminos, sin apuro febril.

No te aflijas de tus impotencias, ni aún, en un sentido, de tus miserias morales. Tu te querrías hermoso, irreprochable. Esto es una quimera; quizás orgullo. Hasta el fin seremos pecadores, objeto de su infinita misericordia, a la cual Dios tanto aprecia. No pactes jamás con el mal; sé desprendido de tu perfección moral. La santidad es, ante todo, de orden teologal, y es el Espíritu Santo el que la derrama en nuestros corazones; no somos nosotros los que la fabricamos.

Compararse a los otros en materia de virtud, carcomerse por la propia mediocridad, situarse en la escala de la perfección, todo esto estorba y hace ruido. Hay santos de todas las medidas, y la tuya permanece en el secreto de Dios que, sin duda, no te la dirá. Haz lo que esté en tu poder. Ama ofrecer a menudo a Dios la inimaginable santidad de Jesús, de María y de los santos muertos y vivos: todo esto te pertenece a ti, beneficiario de la Comunión de los Santos. Ofrece la santidad global del Cuerpo Místico de Cristo. Esto es lo que glorifica a Dios. Tú eres un miembro, el menos noble, quizás, pero no sin utilidad. Dí con convicción pero serenamente: "Santa María, Madre de Dios, ruega por mí, pobre pecador". Y luego vive en paz bajo el ala protectora de Dios que te ama.

Conclusión

Por la gracia de Dios, observa esto con toda paciencia y fidelidad. La paz descenderá en tu alma; el silencio la envolverá. Sobre el tranquilo espejo de las aguas purificadas resplandecerá la imagen de la Santa Trinidad.

¡Es tan hermoso un corazón puro y solitario bajo la mirada de Dios!

No tiene más que un canto. El de la eternidad:

**Gloria al Padre,
al Hijo,
al Espíritu Santo.**

Amén.